

CLAUSURA DEL IX CONGRESO INTERNACIONAL DE ACOGIDA CRISTIANA EN LOS CAMINOS DE
SANTIAGO

“Renacer en la esperanza”

Monseñor Francisco José Prieto, obispo auxiliar de Santiago

Cuando, tras mi ordenación episcopal el pasado 10 de abril, comencé a ser huésped de esta ciudad de Santiago de Compostela - a la que llegué como peregrino desde la ciudad de Ourense, la vieja Auria - veía unas calles habitadas por el vacío y el silencio. Poco a poco, las pisadas de los peregrinos comenzaron a sentirse llegar y sus preguntas me sorprendían al interrogarme por la Puerta Santa o el acceso a la Catedral. Pronto fui consciente de un Camino que tiene Meta: la cripta en la que se veneran los restos de Santiago el Zebedeo. Una meta de espacio y tiempo desde la que el Apóstol nos invita a una Meta cuyo nombre es Cristo, al que se encuentra al recorrer los caminos de la historia y de la vida de los hombres, camino que Él recorrió primero y que nosotros somos invitados a transitar: “Id...” (Mt 28, 19).

Me gustaría comenzar con una cita tomada de la encíclica *Spe salvi* de papa Benedicto XVI: “La esperanza en sentido cristiano es siempre esperanza para los demás. Y es esperanza activa, con la cual luchamos para que las cosas no acaben en un «final perverso». Es también esperanza activa en el sentido de que mantenemos el mundo abierto a Dios. Sólo así permanece también como esperanza verdaderamente humana” (nº 34). Las palabras del papa Benedicto sitúan la esperanza en un doble horizonte, en el de Dios, en la apertura a la trascendencia; y en los otros. Dios es destino de una esperanza que se presenta como un camino que nos lleva hacia los demás, nos constituye en peregrinos y en compañero en la ruta de la vida. No caminamos solos, quedamos constituidos al mismo tiempo en peregrinos y acompañantes que debemos saber acoger al otro como prójimo en el que se nos desvela el rostro de Cristo.

Vivimos en el tiempo del relato. Espero que todo lo que digamos pase por el tamiz de una razón preñada del corazón, y un corazón fundado en razones. El relato de lo que vivimos seguramente aún no ha tomado forma y palabra en cada uno de nosotros, porque las emociones precisan del tamiz de la reflexión y de la serenidad de la fe para mostrar toda su hondura. Pero sí que fue asomando, como la fecundidad que brota en la pequeñez de la semilla, una abundancia de generosidad y esfuerzo que tomaba el rostro, las manos y el corazón de tantos que en la sociedad y en la Iglesia. Muchos multiplicaron gestos sencillos y anónimos que brotaban de una fe que reconoce al Señor esperándonos en el prójimo. Porque la acción caritativa, acogedora y hospitalaria no se confinó, sino que se multiplicó: *la caridad no admite demora*, decía san Gregorio Nacianceno (*Discurso XIV 38, 2*). Por ello, debemos aprender a tejer entre todos los hilos invisibles del encuentro, del acompañamiento, de la acogida, de la cercanía y de la solidaridad.

A mediados del 373 o 374 una serie de calamidades asolaron la ciudad de Nacianzo (ciudad de la antigua Capadocia romana, la actual región turca de la Anatolia Central), y, con ese motivo, san Gregorio alienta a los cristianos de su tierra natal: *Dios hará sitio a lo que es conforme a su naturaleza, la misericordia* (*Discurso XVI 14, 2*). ¿Puede ser este el don que de nuevo descubramos como una riqueza social y eclesial tras los duros momentos vividos a causa de esta pandemia? Porque, como sigue diciendo el Nacianceno, *no es terrible sufrir una plaga, sino que es más terrible el no ser corregido por la plaga* (*XVI 15, 4*). ¿Habremos aprendido algo como Iglesia y como sociedad? ¿O nos justificaremos, unos y otros, con el conocido principio que Lampedusa pone en boca del príncipe de Salina, *si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie*? Por eso, confiamos que esta apremiante llamada que san Gregorio dirigía a sus paisanos sea ahora nuestra prioridad: *Enseña a partir el pan con quienes tienen hambre, reúne a los mendigos sin techo, da un vestido al desnudo y no descuides a los de tu propia sangre; y ahora especialmente que nuestro bien proviene de la escasez y no de la abundancia; por esta fertilidad goza Dios más que por la multitud de ofrendas* (*XVI 20, 2*).

Hacer de la necesidad virtud es un reto que asumimos confiados: la *virtus* toma el nombre del Espíritu que, en su misteriosa fecundidad, hará posible que nos pongamos de nuevo en camino (así hemos visto que los caminos del Camino reciben de nuevo las pisadas que siguen las huellas de Santiago el Zebedeo hasta Compostela). Por ello, superemos rutinas que paralizan y discursos que desgastan los ánimos y cierran los oídos del corazón. Son tiempos de oportunidad y de compromiso, de ponerse manos a la obra: aprender la gramática de la simplicidad, y no instalarnos en el reino de la retórica, acoger el ritmo de la espera, acompañar a los afectados por esta dura crisis sanitaria y social, recuperar las entrañas de misericordia, seguir hospedando al peregrino.

Todos tenemos por delante, como don y tarea, un reto y una oportunidad que no podemos desaprovechar, con el convencimiento de que tenemos algo valioso que ofrecer, porque nuestra esperanza está puesta en Cristo (cf. 1Cor 15, 19). Nos enfrentamos a grandes desafíos que precisan de una espiritualidad fuerte que brota del amor de Dios. Para poder mirar hacia adelante, hay que mirar arriba.

Es evidente que se abre ante nosotros un tiempo nuevo, con incertidumbres y desafíos, que en muchas personas puede generar angustia y desesperanza. Pero este tiempo no es un camino que recorreremos solos. En palabras del Papa Francisco, caminemos en esperanza por las semillas de bien que Dios sigue derramando en la humanidad y asumamos que, ante este reto y siempre, nadie se salva solo (cf. *Fratelli tutti* 54-55).

El Señor nos envía a ser sembradores de esperanza para afrontar los desafíos en los que nos vemos inmersos: «No hay temor en el amor» (1Jn 4, 18). A quienes sois expresión de hospitalidad en los caminos del Camino os quisiera decir que «estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás, personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza» (EG 86). *Ultreia et suseia*.